



13er.
Concurso
de Cuentos



RADIO
SANTA MARÍA
2006



GRUPO LEON JIMENES
Por una mejor nación.

Primera Edición, abril de 2008
Antología del 13vo. Concurso de Cuentos de
Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de
originales y pruebas:
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño portada:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA.

Ilustraciones interiores y portada: Nelson Batista
Corrección de primera impresión; Carmen Pérez de Rodríguez

Impreso en Impresora Editora Teófilo, S. A.
Santiago, República Dominicana.

Es propiedad reservada de Radio Santa María

ÍNDICE

Pág.

Prefacio	7
Primer Premio: Muertes en el fuerte de Roque Diómedes Santos	13
Segundo Premio: Jaque Mate al pastor de Roberto Adames	23
Tercer Premio: Mimo de Juan Emilio Báez Melo	31
Primera Mención: La Asunción de la Reina de Rafael Menoscal Reynoso	39
Cuarto Premio: La pesca del lienzo de Rafael Menoscal Reynoso	52
Segunda Mención: Cuestión de colores de Rosa Julia Vargas	61
Tercera Mención: Martes, no miércoles de Juan Francisco Espino Coronado	69
ANEXOS:	
Acta única	78
Bases y condiciones del concurso	80
Sobre los ganadores	84
Sobre las ilustraciones	92

PREFACIO

Premiación del XIII Concurso de Cuentos

25 de abril de 2006

Palabras del Director

Esta cita de primavera con ustedes, escritores del Concurso de Cuentos, y con cuantos muestran interés en su quehacer, nos resulta alentadora. El pasado 26 de octubre de 2005 dimos apertura en este mismo local al XIII Concurso de Cuentos. Seis meses después, tras haber recibido 144 cuentos, estamos en condición de presentar al país los resultados de su labor.

Las obras fueron examinadas por el Jurado, compuesto por Carlos Fernández-Rocha, presidente del Jurado desde el inicio de este concurso en 1993 y Emelda Ramos, miembro del Jurado desde 1997. Un tercer miembro, el más reciente, es Don Luis Beiro, encargado de cultura del Listín Diario, quien ha ocupado el lugar del querido amigo Diógenes

Valdez, designado Agregado Cultural de la Embajada Dominicana en Uruguay. Agradecemos a Luis Beiro su disposición de participar en el Jurado, aportando su amplio conocimiento de la literatura dominicana y latinoamericana.

El Concurso de Cuentos de Radio Santa María, auspiciado por el Grupo León Jimenes, amplía su poder de convocatoria para los escritores del país. En esta decimotercera versión, el número de obras presentadas ha aumentado en más de un 40%, de 102 a 144 cuentos y el número de autores pasó de 54 a 80. De estos, 26 escritoras y 54 escritores. En cuanto al contexto geográfico de quien escribe, este año, la mayor parte de las obras, veintiuna, proceden de La Vega, 19 de Santo Domingo y 13 de Santiago. Las 27 restantes proceden de San Francisco de Macorís, Puerto Plata, Moca, Jarabacoa, Constanza, San Cristóbal, Bonao, Tenares, Montecristi, Salcedo y El Seybo.

El apoyo sostenido del Grupo León Jimenes a este concurso a lo largo de sus trece versiones es señal de su importancia. Sin su apoyo, los autores tendrían menos oportunidades para llegar a los lectores, que son los destinatarios finales de su palabra.

Gracias a ustedes, amigos y amigas del Concurso de Cuentos, por su presencia y estímulo en esta

tarde. Gracias a los escritores y escritoras por su esfuerzo y dedicación. Gracias a los miembros del Jurado a quienes ha correspondido evaluar las obras presentadas. Ustedes tendrán la palabra definitiva.

Muchas gracias,
Eduardo García Tamayo, SJ



CUENTOS PREMIADOS



PRIMER PREMIO

MUERTES EN EL FUERTE

Seudónimo: Genio

Autor: Roque Diómedes Santos

Las Crónicas de Indias relatan que la convivencia entre conquistadores y conquistados fue pacífica hasta mediados de 1494; para marzo de ese año, varios españoles habían muerto misteriosamente. Los cadáveres encontrados en medio de la noche pertenecían a la guarnición del Fuerte de la Navidad levantado en el poblado que hoy conocemos como La Isabela. En su "Instrucción Sobre lo que Antonio Torres Ha de Decir a Sus Altezas" (La Isabela, 30 de enero de 1494), el Almirante da cuenta del terrible miedo vivido en aquellos largos meses de incertidumbre y de primeras conquistas de lo desconocido. Años después, Fray Bartolomé de las Casas, en sus Crónicas de las Indias, se hace eco del terror provocado por las estremecedoras muertes y cómo los atemorizados guardianes

atribuyeron a los nativos del lugar dichas muertes. Ésta fue, sin duda alguna, la razón que condujo a que el Almirante en persona, seleccionando un contingente de sus mejores hombres, saliera, según Las Casas, a "poner miedo a la gente indiana". Infructuosa jornada que solo arribó a la muerte inmisericorde y posterior exterminio de toda una raza.

Las tropas del Almirante jamás dieron con el culpable y simplemente se prestaron a tomar como chivo expiatorio al más indefenso. Es de notar que las enfermedades y la hambruna eran suficientes motivos para el delirio y la desbandada de los conquistadores, así que fue un buen ardid del Almirante encorajar a sus hombres y salir esperanzados en busca del oro que les prometía tierra adentro. Pero la historia pasa y las verdades ocultas resurgen implorantes de las fosas comunes de la mentira. Si bien es cierto que hubo enfermedades, hambruna y enfrentamientos bélicos esporádicos, las misteriosas muertes en el Fuerte de la Navidad mostraron signos de tanta violencia y crueldad que solo un monstruo venido de los infernales abismos era capaz de semejante atrocidad.

En los anales de la historia, y estos datos me llegan por los increíbles descubrimiento de mi tío abuelo en el laberíntico submundo de criptas de nuestra

Catedral, no se habla de un tal Antonio de Ávila, fraile menor de la orden de los Jerónimos y discípulo fiel del Padre Las Casas. Este desconocido fraile, en una especie de crónica paralela y sombría, hizo acopio de una vasta y lúgubre documentación demoníaca. Así la denomino por el objeto de su estudio y no por sus intenciones; no sabemos los oscuros intereses que animaron al fraile a dicha recopilación, ni está en nuestro haber juzgarle, sino dar a la luz el contenido de lo que allí se refiere, siempre y cuando sea de bien y de provecho. En el folio X, según la organización de mi tío abuelo, se relatan de manera vaga y oscura los hechos sucedidos entre el 30 de noviembre de 1494 y el 13 de marzo, fecha de la última muerte bestial y momento en que se toma la determinación del abandono definitivo del Fuerte de la Navidad.

Según el tal Antonio de Ávila, el primer hallazgo macabro aconteció la horrenda noche del 30 de noviembre. Las plácidas olas y el suave aleteo del viento marino sobre las fantasmagóricas copas de los árboles de la Bahía era lo único que se escuchaba. Toda la guarnición, abatida por el cansancio de la larga faena y sin buen alimento, se acomodó a dormir bien entrada la noche. Dice el Cronista que a eso de la medianoche, un enjambre de moscas que se presentó poco a poco, atacó al vigía del flanco sur del Fuerte que nada sospechaba, y que al

cabo de dos avemarías eran tantos los insectos que parecía un océano de oscuras aguas. Cargado de nervios, encomendó su alma a la Santísima Virgen. Jamás en su vida había sentido tanto miedo y jamás había observado tantas moscas lúgubres como en aquella noche. Se aferró al crucifijo que llevaba en el pecho, se encabritó y empezó a correr alrededor del fuerte con un horrendo griterío que despertó a toda la guarnición. La soldadesca salió atónita. Los hombres, temerosos por lo desconocido, cayeron en la más terrible de las locuras; las voces aterradas se esparcían por doquier, sumándose al infernal zumbido del aleteo de los monstruos alados. El Almirante, luz en mano, avistó con pavor lo sucedido, llamó a la cordura y a la defensa, se encendieron antorchas del fuego común y se enfrentó con espanto aquel infausto enjambre. Era como si aquellos seres de los abismos le temieran a la luz de las antorchas encendidas. Dirigidas por algún ser maligno, las moscas se internaron en la espesura del bosque. Volvió la calma. Nadie sospechó que aquel era sólo el presagio de la muerte real y cruel, apenas conseguían percibir aquel horror dantesco en medio de la oscuridad cuando se escuchó un horrendo grito desde el flanco norte: el vigía había sido degollado con crueldad y sus vísceras esparcidas en derredor. Inmensas moscas husmeaban los restos irreconocibles de un tal Gonzalves, carpintero y moro converso.

"Son cosas del demonio", "Estos malditos nativos", "¡A por ellos!", vociferaron los comparsas sumidos en el más letal de los miedos humanos. A juzgar por las crónicas y la copia hecha por mi tío abuelo, se le dio cristiana sepultura a lo que quedó del desdichado Gonzalves, el Almirante llamó a la calma y ya no se pudo dormir en el Fuerte de la Navidad aquel 30 de noviembre de 1494.

La segunda muerte tiene fecha del 17 de febrero, la víctima fue un pobre hombre sin oficio conocido y con sospecha de haber sido uno de tantos que huía por algún delito. Entonces, según el cronista, se pensó que en una de las calaveras había venido al nuevo mundo un asesino demente que se complacía en descomponer los cuerpos de sus víctimas. Los conquistadores ya habían establecido contacto con los indígenas y no habían visto signo de maldad en las pobres almas de los del lugar. Esta vez, la víctima, un tal Quincana o Quintana, anotación de mi tío abuelo puesto que en el manuscrito se observó una tachadura, fue decapitado y sus extremidades inferiores no aparecieron.

Descubrió el cuerpo un tal Jerez que al momento paseaba noctámbulo en los alrededores del Fuerte. No hubo moscas malditas que anunciaran la presencia de la muerte, solo un sombrío grito del macabro hallazgo alertó a los comensales en la

tranquila noche. No cabía dudas, las embarcaciones habían traído consigo a un criminal. No se podía esperar más de aquella gentuza de arrabal, ávida de oro y de aventuras. Todos se trataron como sospechosos y hubo quienes, en un frenético desespero, sospecharon de sí mismos.

Otros, para no levantar sospechas de su oscuro pasado, afirmaron haber escuchado ruidos de nativos que se adentraban al bosque después de cometer su fechoría, que tal vez comían carne humana y su propósito era irlos degollando; otros volvieron a hablar de fuerzas demoníacas, aunque no se había notado el enjambre de moscas negras de la primera muerte; los más sensatos, argumentaron que ya ellos habían tenido conocimiento de los nativos del lugar y que aquellos habitantes habían mostrado ser de paz y ajenos a cualquier creencia demoníaca, como lo atestiguó luego un tal Ramón Pané, hombre de Dios y hábil para aprender la lengua de los del lugar.

Cuatro días más tarde apareció sobre las turbias aguas de la bahía, después de una tormenta implacable, el tercer cadáver. Esta vez estaba intacto, no presentó signos de violencia extrema, aunque el cronista determina en su manuscrito que una inspección más profunda del cuerpo arrojó un dato curioso, en el cuello de la víctima había dos

marcas que parecían de dentadura humana y el tal Adriano parecía no poseer ninguna gota de sangre dentro de su cuerpo. En el documento de mi tío abuelo no se habla de vampiros, sospecho que tampoco se habla de tal asunto en el manuscrito, de modo que la existencia de un vampiro en estas tierras en proceso de conquista era inadmisibile. No se detallan más investigaciones ni se transcriben los comentarios hechos por los atónitos españoles ante la tercera víctima. La razón es comprensible y hasta justificable cuando se advierte en el manuscrito, y en este punto mi tío abuelo fue fiel en su recopilación, lo horrendo del cuarto crimen. La conmoción y el terror fueron las notas comunes a todos los del Fuerte de la Navidad.

Cuenta el cronista que el 13 de marzo hubo una tormenta de rayos sobre el área, una legión de pesadas nubes oscureció hasta el límite la amplia noche de luna llena. Sin pensarlo, todos en la guarnición quedaron en silencio, pasmados, presintiendo que algo terrible pasaría aquella noche. Se habla de un ave enorme que batía sus alas sombrías sobre el fuerte, con sus augurios de muerte y que pasada la medianoche, un gigantesco rayo quebró en dos mitades la improvisada cruz de madera levantada junto al fuerte y en cuyo pie el Padre Pané había celebrado misa y hecho sus laudes y maitines. Los que permanecían aún en el Fuerte

contemplaron perplejos el ocre fuego que surgió del tronco sagrado, hubo ataque de catalepsia en los vigías, la confusión y el espanto eran las notas comunes de las almas españolas sin su Almirante que llamara a la calma y a la defensa. Relata el cronista que una cabeza española colgaba de un flamboyán centenario en la ribera de la bahía. Iluminada por el relampagueo constante del cielo abismal, y como hipnotizados los soldados se le acercaron, sin descubrir a quien pertenecía aquel rostro espeluznante.

El estupor invadió los incrédulos corazones de los presentes, el pánico se despertó en las tristes caras iluminadas por el escaso y nervioso fuego de las antorchas encendidas. La cabeza colgante aún destilaba gotas de sangre de su cuello, sus oscuros ojos estaban abiertos y fijos en la multitud. El delirio y la locura se apoderaron de los presentes: aquella cabeza abrió la boca y en una lengua extraña, lúgubre y tenebrosa arrojó estas palabras impronunciables:

"Xoro-ko-vow jovo-vavwew".

Esa misma noche el Fuerte fue abandonado, el último marinero, cual mujer de Lot, miró hacia las llamas que aún permanecían encendidas y confirmó lo que siempre supo, dado el pestilente olor que solo

él advertía, y nunca se atrevió a decir: aquel lugar era sagrado y lo habían profanado. 'Tal vez había sido el lugar de los muertos de las gentes del lugar', apunta el segundo cronista, dato que se confirmó con los recientes hallazgos arqueológicos de La Isabela.



SEGUNDO PREMIO

JAQUE MATE AL PASTOR

Seudónimo: El Conde Anglie

Autor: Roberto Adames

Peón 4-Rey

Pero no es solo eso, compréndelo. Lo peor viene luego, después que todo pasa, después que desaparecen esas ganas enormes de posesión incontrolable que momentos antes manejaban a su merced cada uno de tus actos; que segundos atrás te colocaban como un lobo rapaz y persuasivo sobre una presa asustadiza, indefensa, de apenas trece años y echaban a rodar por el suelo toda esa pseudo formación académica de la cual hacías alarde cuando estabas frente a los otros, frente al grupo de estudiantes del colegio, donde a diario te la lucías tratando de demostrar a todo el mundo tus extraordinarias dotes de matemático sagaz, de genio embotellado en el vastísimo universo de los números: $ax + b = 0$: $x = -b/a$.

Peón 4 Torre-Dama

Pero ahora, con la voz apagada y el cuerpo sin fuerzas, le hablas, confiando en que tus palabras serán suficientemente convincentes para lograr que ella no diga nada en casa y que sin ningún problema vuelva al otro día como si nada, como siempre, puntual: el chofer nunca falla en traerla a las 4 P.M., a sus clases privadas de matemáticas. Aunque en este momento, en verdad, la realidad es otra; es un horizonte líquido en un vaso de agua, un sollozo mezclado con el consuelo más cursi a que se pueda apelar: unas palabras que hieden a cosa podrida, que le dicen (El Lobo frente a Caperucita) que eso es algo normal (afilando sus dientes), que eso pasa a diario, que dos personas se atraen y ya, sucede lo que debe suceder, lo que estaba previsto, el milagro. La niña por su parte te oye sin oírte (te huele sin olerte), cabizbaja, como si sobre su cabeza colgara una pesada máquina de plomo, saboreando el amargo sabor de un tiempo que no pasa, o que sí pasa; un tiempo que se ha quedado bullendo en su cabeza y que transforma cada instante en una eternidad inamovible, y mientras esto sucede, ella siente que una interrogante toma forma de serpiente resbaladiza y se adhiere a su piel, a una piel que siente sucia, explorada, asaltada en sus misterios más hondos, una piel que define en su prontitud lo que nadie sabe, y ella, en ese instante, quiere

salir de allí, esperar afuera, en la calle, esperar a un chofer que por fin llega al son del ruido y las bocinas, como si la alegría y el bullicio tuvieran cabida en este juego sórdido, en esta tarde detenida.

Ahora tú la ves y no dices nada en lo absoluto; esperar a que el agua vuelva a su cauce es lo mejor en estos casos, dices para ti, y vuelves a echar la suerte, a confiar en que media botella de brandy y una partida de ajedrez en aquella esquina del barrio donde siempre te reúnes con tus amigos definen la mejor manera de celebrar tu reciente hazaña, despojándote, de paso, de cualquier residuo de escrúpulo que pretenda golpear en tu interior, dañándolo todo.

Dama 5 Torre-Rey

De súbito la calle se ha vestido de gris, gris el polvo en las paredes de las casas, gris el aire preñado de humedad, gris la noche filtrándose por todas las rendijas disponibles, grises los pensamientos que vuelven a aparecer en la mente de la niña, arrastrando por un mismo cauce imágenes triviales que se debaten en rebelión con las acciones aún fijas de aquella tarde que se repite como sueño: el olor a cascarón de huevo del profesor, sus palabras balbuceantes, la mano que borra y guía a la otra mano más tierna sobre el exponente que en vez de ser

negativo pasa a ser positivo por la teoría de un tal Aurelio Baldor escarbado en la traza de la tiza, en la mano sobre la otra, la lengua al oído, serpiente cascabel, los dedos que envuelven los cabellos, el pánico y la angustia, los besos forzosos y forzados, la entrega temerosa, la tensión y el deseo, trágame tierra, el dolor y la amargura y el sabor manchoso de la fruta que se corta a medio madurar...

Peón 3 Torre-Rey

Una corte de sombras, al menos eso te parece el movimiento de los dedos, mientras deslizas la ficha tres pasos adelante, justo en el cuadro blanco en que el peón se detendrá, cuando tú, en un movimiento rápido de reorientación, de estrategia preestablecida, coloques el peón y lances el comentario por debajo del movimiento, buscando establecer, explicarte a ti mismo, el vínculo subyacente entre las matemáticas y el ajedrez, signo de una enmarañada realidad incomprensible, para luego negarlo, diciéndote a ti mismo, tragando en seco, que estas cuestiones tan oscuras, tan fuera de control, y que a tu contrincante, un viejo rechoncho y de pocas palabras, le importan un bledo.

Alfil 4-Alfil

Del otro lado, en el envés de este inmenso tablero que apuesta a ser el mundo (como diría nuestro

amigo Jorge Luis Borges), están la niña y su casa donde ahora las cosas se tornan distintas: el sofá no es el mismo, los cuadros no son los mismos, la cama tampoco es la misma, ni el osito de peluche, ni ninguna otra cosa es lo mismo, y es que ahora todos esos objetos inanimados parecen cobrar vida y observan a la niña inquisitoriamente, le juzgan inmisericordes, forman parte de un plano donde la armonía se ha hecho añicos, se ha reducido a su más menuda y desesperada expresión, y es justamente en ese momento de desbalance emocional, donde el padre de la niña mueve su ficha en salida greco-romana y llama a la puerta de la alcoba y adentro, no muy lejos, su reina blanca, su pequeña bebé, responde con el mismo llanto solitario de quien ha quedado peligrosamente abandonado, solo a mitad del alba...

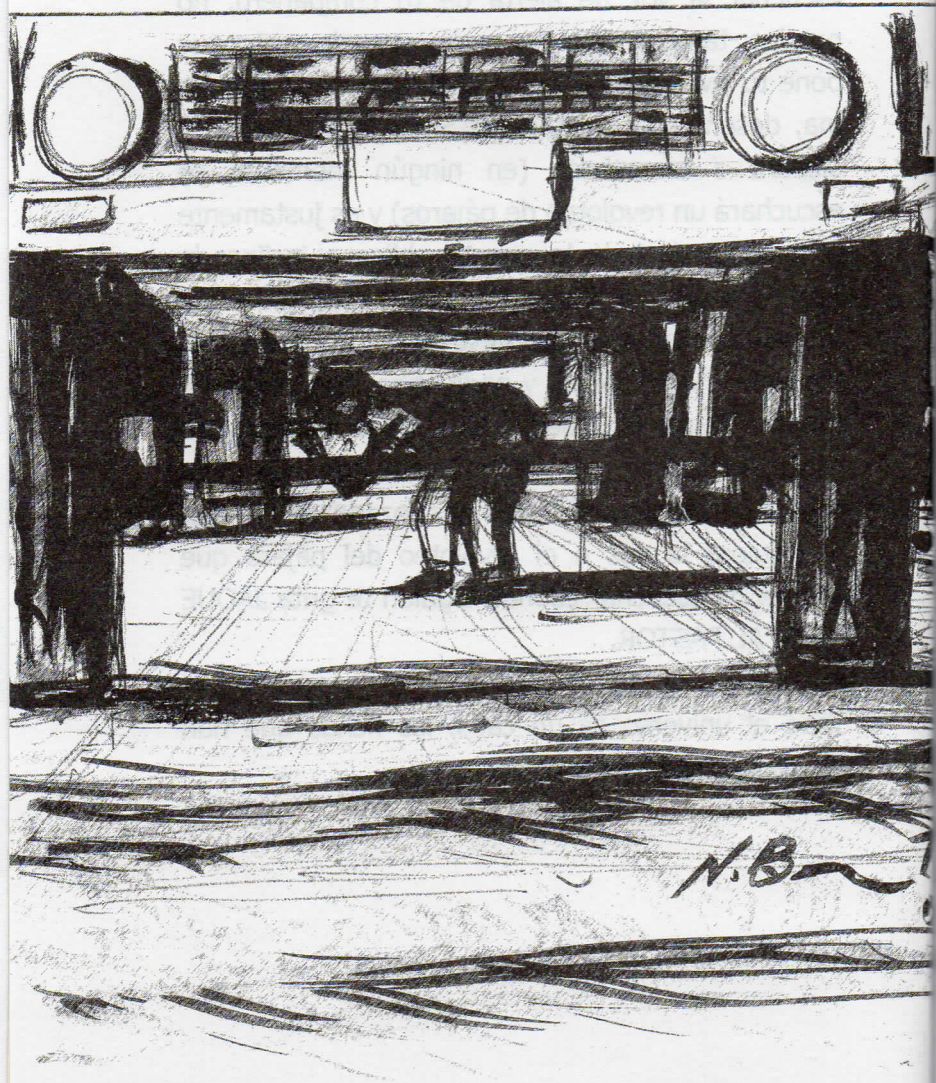
Peón 3 Caballo-Dama

"El juego habló", dices con orgullo altanero al sospechar lo que se aproxima, notando el punto apenas visible en que un diminuto error acaba de abrirle las puertas al presagio; entonces ríes y miras a tu contrincante con una especie de aprehensión paternal, es como si miraras tu interior a través de un espejo nublado y como si de repente, ese rostro rechoncho que está a punto de probar el amargo sabor de la derrota, fuese el mismo rostro tuyo,

pero en un plano de oscura repelencia; y es aquí, la mejor parte de todo esto: saber que la jugada perfecta la hará el Caballo, que el Caballo saltará en L sobre los Peones y el Alfil que amenazan al Rey, en algo que parecerá ser como una especie de desbloqueo, de sorpresa angustiante: demoler la muralla china, obligar a retroceder al escuadrón de la muerte, y aquí vamos: tú observas al Caballo y el Caballo, en el preciso instante en que tú tomas la Dama Blanca y te dispones a colocarla en el cuadro siete que antes ocupó el Alfil, sufre un ligero estremecimiento y empieza a relinchar, a echar humo por boca y nariz, a babear copiosamente chorreando los belfos ante la jugada exacta, irrevocable; ante la mirada atónita del otro jugador y ya quisieras tú hacer algo, pero no puedes y el humo continúa creciendo, continúa ocupándolo todo, las mesas, las sillas, el tablero, los rostros que pasan o se desvanecen, el Colmadón que sobresale de la calzada, la esquina de este barrio miserable, que será siempre miserable en su más honda miseria, tus ojos, tú mismo, tu garganta, tus oídos, tus lágrimas y todo esto te parece un corte de película macabra, de trama de suspenso, y te incomodas un poco y sudas, te mueves de la silla, te corre el sudor por la frente, y no sabes qué hacer, no lo sabes, de pronto te has quedado inmóvil, y sí y no, inmóvil, envuelto en una especie de nebulosa que ahora te arropa de pies a cabeza, impidiéndote, parapetado

donde estás, reaccionar de nuevo, mientras los nervios se te engarrotan; quizás por eso no puedes escuchar la voz de alerta de tu compañero, no puedes; tampoco puedes ver la cara de susto que pone tu rival cuando aquel otro hombre se aproxima, desenfunda su revólver Smith and Wesson y dispara a tu cabeza (en ningún momento se escuchará un revoloteo de pájaros) y es justamente el impacto de bala lo que te obliga a inclinar la cabeza, a soltar la Dama Blanca y a verla rodar por el suelo con la esperanza destrozada, ¡pobre Dama Blanca!, y ya lo sabes, y nada sabes: no se puede triunfar sobre la muerte: la jugada maestra no existe, el azar lo resquebraja todo, no hay nada seguro, ni siquiera el llanto destrozado de la niña, ni siquiera la voz o el revoloteo del pájaro que acabas de escuchar cuando alguien te grita JAQUE MATE AL PASTOR.

Todo el universo es un caos, las fichas que han quedado dispersas lo confirman.



TERCER PREMIO

MIMO

Seudónimo: El Banilejo

Autor: Juan E. Báez Melo

Mi nombre es Guillermo, aunque me dicen Mimo, algunos me llaman Memo... yo sé que es porque quieren decir que estoy loco... Lo que sucede es que siempre me la paso pensando y en esos pensamientos trato de contestarme las preguntas que me hago, ya estoy cansado de decirle a todos que yo sé lo que quieren decirme, que no estoy nada loco... Ah, pero sucede que existen mentes diferentes y los que no piensan como la mayoría de las personas reciben todo tipo de calificativos.

Se ríen de mí cuando digo que si todo el mundo coge un buche de agua puede secarse el mar, o si expreso que juntando a todas las personas y poniéndolas a soplar juntas se forma un ciclón... No, no, déjame seguir, lo que no me explico es que

el otro día vi en el periódico la foto de un viejito chino, de Mao creía yo que era, tenía una cara tan redonda como una arepa y una cachucha con la visera tan chiquita que no tapaba nada de sol... pues sí, yo creía que era de aquella ciudad pero me explicaron que no, que ese era su nombre, que él era presidente de China. Pues bien, ese chino decía que si todos ellos pisan bien fuerte y al mismo tiempo la tierra del mundo entero tiembla... Tú ves, eso mismo digo yo; si él dice lo que dijo y sale en los periódicos, por qué cuando yo digo lo mío no me lo creen y, al contrario, se ríen de mí.

Pero no todo es malo, el maestro Luis me estuvo explicando que lo que hago es algo que se llama dizque Filosofía, que esa es una ciencia muy vieja y abarca mucho con sus largos brazos, algo así como, ... este... con sus ramas del saber creo que me dijo que los filósofos andan buscando la verdad sobre todas las cosas y que algunas de sus preguntas parecen tontas, pero que nadie puede contestarlas... Me dice el maestro que para ellos decir por ejemplo, dicen verbigracia y entre las preguntas que no se pueden contestar están: ¿Qué es el tiempo? ¿Qué son los números? Que sabemos decir si una persona es valiente o cobarde, pero si nos preguntan: ¿Qué es el valor?, no sabemos contestar. Sobre aquello del tiempo yo digo que el presente no existe, que todo es pasado o futuro, mira, lo que

acabo de decir ya pasó y lo que voy a decir no ha llegado... Claro que hablo en serio.

Él me habló de estas gentes y de lo que decían, pero hubo dos que se me quedaron en la mente y las dejé ahí porque sus nombres me hacen reír; uno era de Grecia... pensándolo bien, aquí no sé si Grecia es el nombre de una mujer, que sería su madre o un país, que sería donde nació, bien, cuando salga de aquí se lo preguntaré... bueno, ese que es de Grecia parece que comía mucho porque se llamaba Platón... no, no, espérate, no me interrumpas, el otro siempre me pareció que si no estaba estreñido por lo menos tenía diarrea... sí hombre, déjame hablarte de este, me dicen que a él le gustaba mucho hablar sobre lo particular, pero no de lo particular del egoísmo, que él era muy cristiano, es de lo particular porque decía que todo debemos verlo por partes. Que si vamos por el campo y vemos un sembradío de plátanos, no podemos decir lo que es, si no empezamos viendo primero el plátano, después la mano, luego el racimo y, por último, la mata y con las muchas matas, el conuco... ah caramba, tu ves, por estarme interrumpiendo se me olvidaba el nombre, él se llamaba algo así como Kierecagá.

Yo siempre estoy parado ahí en ese colmado del frente, porque está cara a cara con el cuartel de la

policía y en todos los cuarteles siempre hay un murito para que los vehículos pasen lentamente... sí, sí, los policías acostados les dicen, pues bien, aquí los areneros deben andar lentamente y si necesitan un palero... no, que va, un palero no es el que da palos, es el que coge la pala y empieza a llenar los camiones a palazos limpios con arena o cascajo... Ah no, a mí no hay quien me gane, yo muchas veces brinco de un camión lleno a otro vacío... claro que sí, en la misma carretera, cuando uno llena un camión, si no hay más regresas en él para el pueblo y si en el camino encontramos otro que viene vacío hacemos el cambio.

A los camiones los llenamos en los médanos, ahora oigo que le dicen las dunas... sí, yo sé que está prohibido sacar tanta arena para construir casas, pero si no fuera por eso ¿de qué viviríamos?, ¿de dónde sacarían los ayuntamientos tanto dinero para que los síndicos pongan a sus amigos y familiares a trabajar? Y con lo que les sobra hacer una que otra obrita para que a un cercano le den una comisión... Ah, pero es que tú quieres que te digan todo, ponte a pensar y a imaginarte las cosas... Claro que sí, yo he oído por radio y por televisión que esas lomas de arena duran miles o millones de años para formarse... Esa es otra cosa, pon atención y te diré lo que pienso,... claro, eso lo creo yo porque me pongo a pensar y a contestarme las preguntas pero

creo que algo de verdad debe de haber en lo que me imagino.

Mira, yo pienso que hay arena gris, que es la nuestra y arena blanca que existe en otras playas por dos razones... pero si no me pones atención no te explico. Bien, la arena gris es de los mares que tienen muchas piedras y con el vaivén de las olas las piedras se muelen entre ellas y forman la arena gris. Cuando vienen las tormentas, como los ciclones y ondas tropicales el mar se pone como furioso y sus grandes olas tiran toda esa arena para afuera... no, la arena blanca sale de otro, ¿cómo podemos decir? Proceso, eso es, proceso. Resulta que en el mar hay matas y hierbas... no hombre, no como en la tierra, pero yo veo que salen unas hojas que le dicen algas marinas y cuando existe una región con las aguas tranquilas se forman unos bosques de corales... si, yo he visto algunos corales, son como unos arbustos de hueso, yo pienso que cuando esos corales son arrastrados por el mar se muelen y forman la arena blanca que también es botada en tiempos de grandes marejadas. Caramba, se me olvidaba, la arena de los ríos es gris porque las piedras siempre están lavaditas, también hay otra arena que es como marrón, esa se forma en los arroyos, viene de unas piedras grandes, por aquí le llamamos lajas a esos peñones... Claro que sí, yo creo que son de ese

color porque en los arroyos la arena se liga con la tierra y como allí sólo corre el agua cuando llueve, no hay tiempo suficiente para que la arena se lave. Si lo que yo pienso es cierto, y no hay razón para dudarlo, entonces para formar una playa se necesitan miles de años, pero para las dunas se requiere de millones de años y eso me pone a pensar que después que el mar pasa tanto trabajo como que es una forma muy ingrata esa de venir y por unos cuantos pesos desbaratar esa gran obra de la naturaleza, pero ya te dije, tenemos que comer.

Sí, ahora te explico, estoy debajo de esta patana que tiene como dieciocho gomas porque cuando llegó al policía acostado aposté con los demás que antes de que lo pasara yo salía del otro lado... lo que me mortifica es que nadie me dijo que sí, ni tampoco apostamos nada... bueno lo que sí creo es que si salgo vivo me gano la vida, pero si pierdo muero y nadie me cobrará, ah sí, me veré ante el juicio de Dios, yo creo que paso bien ese juicio porque no he robado, ni tampoco he asesinado, no he matado ni a un pájaro carpintero...

Pero, por Dios, no me entretengan más que ya las ruedas están cerca y todavía no he empezado a sacar ni la cabeza, lo interesante de todo esto es que todo el mundo le hace señas al chofer y él parece que cree que lo están saludando. Bien,

dejemos de pensar en boberías y apuremos el paso... bueno, una última cosa, cuando éramos muchachos nos íbamos para el monte a buscar guatapaná... Claro, el guatapaná servía para teñir los pellejos de las vacas, para curar pieles, decía el señor que lo compraba, ahora se fabrica una agua que sirve para hacer gárgara, que mata los gérmenes... Dicen que se llama guatapanal... Nos juntábamos en grupos de tres y algunos llevábamos un burro. En el grupo mío casi siempre estaba mi primo Faén... claro que sí, para recoger guatapaná se necesitaban tres, el primero se sube en la mata para remeniarla, así caían los que estaban secos; otro lo recogía y lo echaba dentro de un saco... oh sí, el tercero también era necesario, este se encargaba de espantar los chivos para que no se los comieran... Diantre esos animales comen de todo y no se empachan los benditos.

Bueno, ya saqué parte del cuerpo, parece que voy a ganar, aunque ahora se está acercando más a prisa que antes, así es que cuando salga ahhhhhhh.



CUARTO PREMIO

LA ASUNCIÓN DE LA REINA

Seudónimo: Ofidio

Autor: José Martín Paulino

La que en el hondo vientre de cueva del bongó
mantiene las cien serpientes locas del dolor y la
vida /La que en la noche de Legbá suelta los pe-rros
del deseo.

Tomás Hernández Franco

Yelidá

PRIMER PRESENTE

(ABLUCIÓN y MOMIFICACIÓN)

- Señora, apresúrese que la gente empieza a llegar.
- Dile que me esperen un poco.

Entró en la tina repleta de agua vaporosa, previamente aromatizada con esencias de eucalipto, viní viní, zumo de ruda, ocho gotas de amoníaco y siete

de "siete víboras". Ya dentro de la pileta, bocarriba cual extraño animal acuático, contempló detenidamente las carnes de su vientre y de lo que habían sido sus pechos, tambaleantes como gelatina en su punto. Aquello quedaba de ella: carnes derrotadas, caricatura de un antiguo esplendor.

Ese día arribaba a los setenta y un **años** de su muerte. Temprano había comprendido que la muerte era sólo esa otra forma del morir que es la vida, esta agitación de los sentidos, estos frutos del deseo siempre maduros y siempre derramados. Era martes, dos de noviembre, día de muertos. A pesar de su dilatada experiencia en las artes de la hechicería, aún no averiguaba por qué el destino había dispuesto que naciera ese día. Desde que empezó a percibir la huida presurosa de sus imanes físicos, rara vez estaba de buen humor y nunca el día de su cumpleaños. A esta zozobra del momento se sumaba el reciente estado de amodorramiento por el que atravesaba su amado reptil. Afuera, en la sala de espera, se escuchaba el rumor de sus fieles amontonándose como beatos o bovinos a la espera de las orientaciones de su faculta. Ahora poco importaba la respuesta a la pregunta de por qué nunca había prohibido las consultas los días de su cumpleaños. Apresuró su flemático y diario aseo matinal. Pronto salió de la bañera e inició de inmediato la segunda parte del ritual: secó su cuerpo con una enorme toalla roja y lo embalsamó con fragancia de algalia, selló sus labios con carmín y

sepultó su cuello en abalorios colocó pulseras de plata en sus muñecas y en sus orejas aretes grandes y redondos como narigones de bueyes. Se puso un vestido alegre, floreado, suelto, y calzó sus pies con un par de sandalias de piel de cocodrilo. Recogió y ató con un fino lazo morado su aún abundante y sedosa cabellera, antes negra como plumaje de chinchilín y ahora color presagio de tempestad. Además, empolvó su agrietada cara con talco de "amor brujo" y de "espanta Diablo".

"Así me gustaría que me sepulten", solía decirle a Eugenia Agramonte. Su asistente principal en los menesteres domésticos.

"Así se hará, Señora".

Se irguió sin su acostumbrada majestad y se colocó frente al espejo. Con mohín de disgusto contempló serenamente su momificado rostro que cumplía setenta y un años.

ESPEJO RETROVISOR I

- ¡Ramonita!
- Sí, padre.
- Ya el caballo está preparado. -
- Ya voy, padre.

Con apenas nueve años montabas el caballo carga-

do de frutos que vendías por tu pueblo y por el otro que estaba de aquel lado del río. Y solo por lo graciosa que eras te compraban toda la mercancía y a muchos les hubiera gustado adquirirte para venerarte como a joya de inusitado resplandor. El día que cumpliste dieciséis años le dijiste a tu padre que no venderías más frutos, que ya había llegado el momento de aplicarte a tu propio negocio y para ello requerías el desarrollo de las virtudes que te habían sido reveladas a partir del día que cumpliste los siete años?. Ahora el espejo te arroja inmisericorde el momento en que la diestra de un padre, áspera como el paisaje, se estrellaba una y otra vez contra tu cara de niña iluminada, contra tu rostro de virgencita casi rural, al tiempo que te decía: "Mala hija, hija ingrata, es que no te da pena que tu madre y tus hermanos sufran hambre a causa de tu haraganería y tu maldad". Pero te mantuviste inmovible en tu determinación, como la ebria brutalidad de tu padre. Abandonaste tu antigua casa y condición y reclutaste un caballo salvaje de una de las propiedades de don Secundino Burgos, quien lejos de reclamar el hurto se sintió complacido porque hacía varios meses que venía delirando por tus atributos. Domaste el caballo con más firmeza que un macho, lo galopas a toda rienda, con tus muslos y piernas al aire y tus pechos exactos y sin sostén y tu cabellera en marejada. No, ya no eras ni serías la ingenua vendutera, sino la mujer estallada en plenitud, la potranca florida, la que sólo la humillación del tiempo doblegaría, la que se

abriría paso entre aquella selva de supersticiones e ignorancias. Te dijiste: Seré la Reina; seré la Dominadora. Para ello te arrojaste en brazos de don Secundino Burgos, el hombre que más pronto podía precipitarte a tu virtual destino de grandeza.

SEGUNDO PRESENTE

- Señora, la gente espera.
- Dile que no tardo.

Hoy cumplía setenta y un años. Había amado la vida con hambre desbordada, sin embargo había nacido el día de los muertos. Para muchos aquello no significaba nada, pero para ella, que había recibido desde la infancia una luz especial, el hecho constituía un enigma sobre el que meditaba desde el día en que sintió el estallido de sus poderes, sin que hasta ese momento hubiera recibido un trocito de claridad.

ESPEJO RETROVISOR II

Entonces don Secundino Burgos, hombre casado, con muchos hijos y propiedades casi inabarcables, se prendó como un demente de la belleza de la muchacha y la idolatró como a reliquia sagrada o como a un fetiche de carne palpitante. Le puso casa y la colmó de otros regalos a la vista del asombro

general. Pronto todo el lugar la nombraba "la niña mimada de don Secundino". Aprovechando la elocuencia de sus carnes sobre su envejecido dueño, ella le pidió que la llevara al "Valle de la Desolación", donde residían los maestros más competentes en la magia oscura. El hombre accedió sin reparos y Ramona Peralta descendió a la ciudad soñada. Allí se inició en el ejercicio de la alta hechicería. Participó en rituales insólitos en los que danzó hasta la última fase del trance paroxístico y junto a otros feligreses disfrutó glamorosamente de la degustación de varios corazones de gallinas negras y algún que otro cabrito. Aquellos manjares estaban aderezados con abundante provisión de quinina que ella bebía con prodigalidad y con más resistencia que un varón iniciado. También se fumaba interminables cigarros cuyos humos provocaban desmayos aparatosos que no detenían la danza ni los golpes de manos contra los atabales. Luego venía la otra fase de la orgía sagrada: el amor desatado entre muchos de ambos sexos, entre los contorneos nocturnales, los resplandores lechosos, los vómitos y la parsimonia de una serpiente sagrada reposando dentro de una jaula de cristal. De aquellas santas abluciones le sobrevino su patológica ofidiolatría. Cumpliendo rigurosas prescripciones de sus oficiantes tuvo que esperar hasta su séptimo y último viaje con sus respectivas ceremonias para adquirir su propia culebra, una enorme boa negra dibujada con exquisitos arabescos. A seguidas, montó su propio altar con !a pródiga generosidad

financiera de don Secundino Burgos, quien veía en el festivo acontecimiento una oportunidad para estirar aún más sus teneres. En el centro de la boscosa santería colocó una litografía de Santa Marta, la Dominadora, con su serpiente enredada al cuello. Esta Santa se convirtió en la máxima depositaria de su devoción y en la guía principal para cada una de sus invocaciones. Nunca oficiaba sin antes rezar la oración de su santa. También mandó construir una jaula de hierro y cristal para su culebra. Consciente del inminente crecimiento de su apostolado, designó a un celador permanente y a un experimentado veterinario para el cuidado de su serpiente y de las que tendría en lo adelante.

Pronto la prosperidad se derramó sobre ella como lluvia bendita, a partir de lo cual casi todo el pueblo dejó de llamarla por su nombre de bautizo para empezar a nombrarla como "La Reina de la Ciudad de Los Metales", o como "La Señora de la Serpiente". Los cristianos verticales y otros menos insinceros la veían tan sólo como a una Diabla a la que había que eliminar o expulsar de la ciudad, lo que no fue posible dado que ella estaba bien matrimoniada con el poder y bien plantada en el corazón de la mayoría de sus compueblanos. Sus riquezas crecían como en los cuentos fabulosos y ella devolvía en obras de bien público los cuantiosos dividendos que le reportaba la confianza que habían puesto en su ciencia su pueblo y otros lugares con-
tiguos o distantes.

Don Secundino Burgos siguió favoreciéndola sin dilación, aunque sabía que Pedro Alvarado y José Romero, hombres poderosos y sabuesos del régimen del Leviatán, la compartían con él y también la abrumaban de obsequios. El espejo le recordaba que aquellos eran otros tiempos, perdidos en las brumas del tiempo, entre las cenizas del pasado en que la fama de su belleza y su sabiduría cubría de extremo a extremo el país. Ahora estaba vieja, cansada y triste a pesar de sus muchos haberes. El recuerdo de los acoplamientos físicos con aquellos hombres voraces y dominadores, incrementaba su sensación de ruina, de cosa acabada. Pensaba en la tristeza de su serpiente y en la suya propia. Pensaba en las muertes de aquellos hombres, sus hombres, cuando ella todavía rebozaba de ganas, de vida. Pedro Alvarado enloqueció cuando por conveniencia política ella le retiró su amor. El despechado se aplicó a la infamia de eliminar cuantas culebras, perros y gatos negros encontraba a su paso, procurando con ello disminuir o destruir el poder de su antigua dueña. Un devoto de ella lo emboscó en una cueva que le servía de guarida y lo acribilló a tiros. José Romero fue mutilado como carne para expendio por un grupo de rebeldes, tres días después del magnicidio del Leviatán. Por último, Secundino Burgos, presa de una fiebre sin razón (aunque algunos la atribuyeron al vagido de la serpiente de su querida) deliró hasta el octavo día en que expiró, rodeado de su esposa y sus hijos, quienes mascullaban conjuros y maldiciones contra la bruja que había provocado la muerte de su deudo.

INFORME DEL VETERINARIO

1º DE NOVIEMBRE

- Los signos vitales del ofidio no presentan ningún tipo de anormalidad.
- No se determinó ninguna patología de orden físico; sin embargo, la culebra permanece en estado de semipostración.
- A despecho de mi competencia, la señora ordenó que bañaran su víbora con rompezaraguey, zumo de ruda, escoba hedionda y ocho gotas de amoníaco. Lo hicimos de inmediato, pero el reptil ha permanecido sumido en el desánimo.
- Ayer mandé que le suministraran una rata profana, pero la rechazó.
- Luego ordené que le ofrecieran una rata sagrada, no menos rozagante que la primera, pero tampoco la quiso.
- No puedo explicar clínicamente la razón o razones de este comportamiento del animal en cuestión, aunque me inclino a pensar, de manera apriorística, que se trata de una aguda depresión, quizás de tipo pre-morten.
- En el caso de que esta hipótesis se ajuste a la ver-

dad, solo nos quedaría esperar y lamentar que a esta altura del desarrollo científico no exista terapia psicológica para estas criaturas singulares.

TERCER PRESENTE (ASUNCIÓN)

- Señora, los consultantes se impacientan.
- Diles que sólo me esperen otro poquito.

Apartó de su rostro dos lágrimas imprudentes, dos testimonios líquidos de su mundo derrumbado. Luego se alejó del espejo y con ello intentó cerrar la puerta del cadáver torturante del pasado. Avanzó hacia la jaula de la serpiente con la firmeza habitual. Nunca oficiaba sin antes frecuentar a su víbora de turno, a la que sus fieles adoraban casi tanto como a ella. Llegó junto al animal, quien le comunicó de inmediato su pesar. La mujer comprendió y ambas tristezas se trenzaron. La Reina de la ciudad abrió la jaula y sacó a la serpiente y se la enredó al cuello, imitando la imagen de su dilecta Santa Marta. De inmediato regresó con su collar de carne a su alcoba privada. Se acostó en su cama y colocó a su lado al desvalido animal. En ese instante recordó algo que nunca había olvidado, pero que ahora cobraba una importancia iluminadora: aquella era la séptima culebra que había poseído desde el día en que inició su mágico negocio. Hoy, dos de

noviembre, todo resplandecía dolorosamente para ella.

- Señora, la gente empieza a desesperarse.

- Díle que no hay, ni habrá más consultas, que me quedaré junto a mi niña celebrando mi último cumpleaños.

PRIMERA MENCIÓN

LA PESCA
DEL LIENZO

Sebastián Frey Arón de Montalvo

Autor: Rafael Menocal Reynes

MENCIONES DE HONOR

PRIMERA MENCIÓN

LA PESCA DEL LIENZO

Seudónimo: Fray Antón de Montesino III

Autor: Rafael Menoscal Reynoso

La pintora se había amarrado una pañoleta multicolor en el pelo para proteger su cabellera de la humedad del salitre. Se encontraba en la orilla de la playa cuando de sus aguas afloraron dos pescadores remolcando una yola. La embarcación de rústica madera debía medir aproximadamente unos cinco metros de largo. Era de remos. Las chaquetas para arrastrar la corriente del agua estaban atadas en los laterales con dos lazos de una soga bien gruesa. Se veía deshilachada, al parecer, debido al tanto halarla y sujetarla día tras día en un grueso madero sepultado al lado de una empinada roca.

Aunque el sol se arrinconaba lentamente por el horizonte, sus rayos aún encandecían. Se desprendía

una aureola centelleante rojiza. Parecía un anafe del que se desgajaban anchas brazas. Las aguas ya estaban deshabitadas. Se vislumbraban inquietas, más que eso, enfurecidas. Unas altas olas rugían al compás del viento.

La espumosis marina se levantaba sobre el metro setenta que debían medir de estatura los pescadores. Ellos zarparon como dos expertos para que sus presas no retornaran de nuevo absorbidas por la mar. Tenían más de dos décadas en ese trajín. Por la misma senda entraban y salían varias veces al día: en el despertar de la aurora y al atascar el crepúsculo. Mientras Joserina, la artista, se mantenía inmóvil contemplando el paisaje. Examinaba cada detalle de los marineros: sus pasos, sus miradas, sus vestimentas y las musculaturas que brotaban de sus corpulencias para arrastrar su yola hasta la orilla. Una vez más la muchacha fue asaltada por la imaginación creativa.

Aunque se resguardaba entre unas grandes gafas de cristales negros, sus ojos veían todo del color real, en la dimensión exacta. De vez en vez, ella se los descubría para que las retinas no les traicionaran, pero era como una rutina temperamental, o mejor dicho, una manía. Lo hacía mayormente cuando se ensombrecía el panorama y el negreo del lente limitaba la luz. Al igual que los de

sus pies, los dedos de sus manos eran adelgazados, esqueléticos. Con unas anchas uñas que se veían maltratadas por la acrílica y el óleo que solía utilizar en sus pinturas.

Contemplaba a los dos pescadores desde que se hallaban en pleno mar lanzando la red. Los seguía minuto a minuto y aún no encontraba el punto de fijación. Todavía no lograba el instante de frisar la imagen que más le interesaba para plasmarla en el lienzo. Llegó un momento en que se perturbó, cuando el sol aún radiaba a plenitud.

Los pescadores ya salían del agua y Joserina no sabía qué hacer. Se mantenía desarmada. Carecía de las herramientas indispensables para el diseño de su obra. Por lo menos para hacer su boceto y darle forma y estilo con más sosiego en su taller. La pintora aún no tenía la idea acabada de lo que quería ni tampoco un pedazo de papel, ni siquiera un cabo de lápiz de carbón para dar los primeros trazos.

Por un instante se vio frustrada. No se explicaba que en casi dos horas de observación, en las que las aguas fueron descongestionadas de los bañistas, en las que el sol logró escabullirse y los pescadores asaltar a sus presas y desbordar su barca de trabajo en el arenal, no entendía el por qué no había

alcanzado por lo menos bosquejar su obra. Ella no se perdonaba el lapso mental, la pérdida de un tiempo tanpreciado detrás de esos peñascos que, por más que protegieran, se desprendía una energía solar implacable y el resplandor transfería un caliente infernal a la fina arena de la playa.

Esta vez el sol se apagó, como si lo soplaran. De repente se arrinconó en el fondo, tras el infinito del mar, y las añiles aguas también se apaciguaron en una complicidad inconcebible. Al penetrar la amplia sombra, Joserina se entristeció, se dejó abatir sobre la templada arena salina, hasta que sintió en sus hombros las gruesas manos de su tío Hermes, quien descifró los niveles de impotencia de su adorada sobrina.

-No te desalientes mi niña, esa fotografía que dejaste escapar retornará de nuevo. Cada día se abren mejores oportunidades, tus musas deberán retornar y ese tapiz verá las bendiciones de tus manos - le dijo don Hermes, quien se consideraba el más fiel admirador de la joven artista.

Por esa admiración, guardaba los primeros esbozos artísticos de Joserina, desde cuando empezó a garabatear con crayolas, al atravesar los cinco años de edad. Fue su primera bujía inspiradora, quien le compraba lápices de colores para que pintara casitas y pajaritos colgados de árboles.

Don Hermes era un arquitecto paisajista que se enamoró de la costa de la línea noroeste del país, en donde se retiró a vivir luego de construir una casa, desde cuyo balcón se observaba el paradisíaco parque del Morro, en Montecristi.

-Tío, me irrita el saber que he tenido todo en la mente, el cuadro perfecto, la imagen que requería desde hace más de un año, y que lo dejara escapar en el mejor momento. Que permitiera nueva vez la salida de los pescadores del agua, sobre todo con la yola bien preñada, y ellos sonrientes luego de haber logrado una de sus mejores jornadas.

Como de costumbre, los pescadores amarraron la soga de la embarcación al madero postrado a pocos metros de la orilla de la playa y se sentaron en la arena a echar en un saco la pesca de la tarde. Los contaban en algarabías, como si los clasificaran por su longitud y peso. No pocos peces se resistían a entrar al tejido cerrado y aleteaban como pretendiendo retornar hacia su lugar de origen. Miraron a la artista con cierta ironía, como buscando de ella una sonrisa. Pero el hastío que imbuía a la muchacha solo le permitía volver la mirada hacia el horizonte.

-Te reitero que no debes afligirte, Don Masito y Casimiro entrarán al agua en las primeras horas de

la mañana y tendré todo listo. Colocaré el caballete, los pinceles y los demás utensilios estarán dispuestos para cuando tú despiertes. Más que nadie conoces su rutina. Es más, es tanto el tiempo que has andado detrás de esa imagen que deberías tenerla grabada en la mente como una fotografía. Aunque sé que lo que más requiere el pintor para desarrollar su obra son los detalles ambientales.

Joserina se quitó las gafas, abrazó al tío y caminó descalza por la arena. En su mano derecha sostenía el par de sandalias que calzaba desde el atardecer, mientras el tío se desprendió de la cabeza un sombrero blanco de alas cortas con el que tarde tras tarde solía pasear para cubrirse de los rayos del sol.

-Esta noche mamá pasará a buscarme -le exclamó Joserina, envuelta en un tono taciturno-. Por eso mi mayor pena al no lograr realizar el trabajo como lo había concebido. Hay cosas que ella no entiende. Ninguna obra de arte puede ser amarrada con la limitación del tiempo. Cuando eso sucede ya es cualquier cosa menos una obra de arte. El artista debe volar con libertad, sin coerción ninguna y mi madre no alcanza a comprenderlo. Se puede esculpir una escultura en una semana como también en cinco o diez años. Igual sucede con el pintor. Una pintura de calidad requiere del mínimo detalle. Hay obras en las que el artista necesita visitar varias veces el escenario para dar las últimas pinceladas.

Al concluir sus palabras, Joserina empezó a llorar. Dos furtivas lágrimas se derramaron sobre sus mejillas. Pero el tío, que caminaba lentamente por la arena del brazo de ella, aún no se había percatado de lo que le ocurría a la sobrina. La joven artista se soltó de don Hermes y se arrinconó en el tronco de un viejo árbol. Cuando él se dio cuenta de los sollozos, de nuevo la albergó en su pecho y le pasó las manos por la cabeza.

-No sé qué te está pasando sobrina. Te veo como si el mundo te cayera encima. No debes asumir esa actitud por tan simple cosa. Está bien de que te hayas entusiasmado con el paisaje que querías llevar al lienzo, pero caes en los extremos. Te dije que los pescadores volverán y te mostrarán la misma imagen que vienen presentando durante largo trecho. Tengo mucho tiempo en esta playa y los he visto salir y entrar no sé por cuantos años. Cuando tú eras niña ya ellos lanzaban su red y pescaban. De eso hace más de dos décadas.

-Estoy consciente de lo que dice tío, pero hay imágenes que no se repiten, que solo se nos presentan una vez en la vida. Lo mismo sucede con las musas, son como relámpagos, si no se plasman en seguida tienden a esfumarse. Se marchan y su retorno nunca será igual. Por ello debemos aprovechar cada oportunidad que se nos presenta en el camino. El tiempo es implacable.

La muchacha secó sus lágrimas con un pañuelo que le pasó el tío, se paró de la arena y paseó nuevamente junto a él. La tarde ya se había desplomado y la oscuridad los sorprendió en la marcha.

Cuando su madre pasó a buscar a la pintora esta aún conservaba el rostro apesadumbrado. Les esperaba un largo viaje y debían darse prisa. Huían a la profundidad de la noche. De Montecristi a la ciudad de La Vega se tardarían cerca de tres horas a la velocidad que solía correr la mujer.

Joserina regresó a la casa de la playa tres meses después. Esta vez ella se adelantó, se puso sus gafas, levantó el caballete con el lienzo listo y caminó hasta la orilla por la misma ruta de los pescadores, quienes, al cerrar la tarde, aún no se apersonaban. Al poco tiempo sintió la pesada mano del tío sobre su hombro derecho.

Como si buscara encubrir sigilosamente la extensa playa, El Morro se erigía soberbio, imponente, mientras a ras de las cordilleras el vuelo de una cría de gaviotas se elevaba sobre la figura de Joserina, quien por un instante arrojó a un lado pinceles y papeles permitiendo, cabeza erguida, una silueta rojiza que rondaba lo celestial.

-Tenías razón sobrina, hay imágenes que no retornan. Casimiro y don Masito no volverán al agua, no

pescarán más. Se cansaron de ella y se marcharon a la ciudad. Esperaron por mucho tiempo el renacer de tus musas. Me dijeron que postergaron varias veces la mudanza esperando que te inspiraras.

Contrario a otros momentos, la artista no se afligió. Tomó su lápiz de carbón, colocó la tela en el caballete, se amarró un pañuelo en el pelo y solo le dijo a don Hermes:

-Pues manos a la obra tío. La fotografía aún late en mi mente y no me puedo permitir otro desliz. La playa se mantiene intacta, el agua sigue inundando la arena y el sol resplandece hoy con más arrojo que nunca.

SEGUNDA MENCIÓN

CUESTIÓN DE COLORES

Seudónimo: Gizmo

Autora: Rosa Julia Vargas

Como muchos otros, empezó a laborar en aquella oficina meses después de las elecciones. El airecito de cierta timidez con que vino envuelta al principio hizo que algunos la interpretaran como una más de los que engrosan la lista de los bueno para nada; pero en breve esa opinión quedó atrás, borrosa tras el primer plano de su diligencia. Pronto se notó que poseía esa particular forma de ser de los que caen parados en cualquier ambiente y encima de todas las habilidades que fue sacando de la manga, se dijo por demás, que llegó muy bien recomendada. Es lógico que este dechado de gracias comenzara pronto a crear el correspondiente prurito. Los rumores no se hicieron esperar, los envidiosos comenzaron con su veneno, ese cuchicheo de mediocres entre quienes no pueden

entender que además de poseer el título de una universidad de las buenas, se debe desempeñar un trabajo de calidad y siempre estar dispuesto a realizar ese esfuerzo extra que te convierte, si consigues quien lo sepa valorar, en una imprescindible mano derecha.

Si alguien tiene el don de darse a querer es para usarlo. No estaba en principio ni siquiera asignada al despacho principal, pero aprovechó la bienvenida para decirle al director que sería bueno cambiar el color de la oficina, que a él no le iba ese tono tan desabrido ni ese entorno sin clase, sino uno más acorde con su estatus social y su categoría profesional. Así es como empezó la cosa, recomendando mejoras para amoblar y rediseñar. Se eligió para el despacho un amplio y luminoso espacio que sería materia prima ideal para el buen gusto, pero combinando el instinto para la decoración de un pobre de antaño con el de una empleada complaciente, lo echaron a perder cubriendo los ventanales con cortinas tristes, las paredes con evidentes referencias a banderas políticas, fotos primorosamente enmarcadas pero colgadas al antojo, recreando los grandes momentos de la campaña con el líder, recortes, condecoraciones, la foto con la esposa y las dos nietas y profusión de adornos al alcance de la mano dispuestos en escala de prioridades sobre un ingente escritorio; sin olvidar, desde luego, el

letrero ostentando cargo y nombre en caracteres dorados repujado sobre la madera de la puerta.

Cuando vino a acabar con el decorado ya el hombre estaba en salsa. Era notoria la dulzura, casi arrobo, con que ella se dirigía a su jefe como también era obvio que él correspondía con el mismo melao del trato. Pronto se convirtió en el verdadero poder detrás del trono. Solía ser el intermediario obligado para cualquier asunto pues bastaba que los problemas, típicos de cualquier gestión, llegaran cedaceados a través del melodioso timbre de su voz para que se convirtieran en algo sin importancia juzgando por el gesto con que el hombre recibía los informes. La miraba desde su distancia de funcionario recién nombrado, reconocido públicamente como íntimo del presidente, mientras iba moviendo la cabeza condescendiendo a cada planteamiento, pintada en la cara la sonrisita y el gesto libidinoso que invita a pedir por esa boca lo que usted sabe muy bien que tiene con que pagar. Y ella, que sabe lo que quiere y está muy consciente de sus atributos, sacude el pelo claro, brillante, haciendo flotar a su alrededor un aroma a frutas frescas que perturba, consciente de que esa seda es escasa en un país, que aún arropado por la realidad reniega de su sangre negra, y consciente de que es muy joven y la juventud, dice su abuela, siempre se ha vendido más que la belleza.

En cada entrada al despacho, excusas hay de sobra, lo encandila y lo va cociendo a fuego lento con ese juego que manejan algunas desde los quince, que consiste en subirlos hasta allá arriba y dejarlos caer luego de golpe envolviéndolos en un tira y hala hasta que están babeando y comiendo de su mano. El hombre era un político, digno emblema de su oficio, así que no tuvo que esperar gran cosa para que el señor le propusiera trabajar horas extras en asuntos de tanto interés para la institución que debían confinarse con seguro en la puerta. Los trabajos fuera de horario y a puerta cerrada echaron a correr esos rumores a los que no le dio ninguna importancia, más la perturbaba pensar en la rapidez con que se estaban yendo esos cuatro años. La que sí pareció dársela fue la doña, quien sólo se había visto por la oficina el día de la juramentación y más nunca; y de un tiempo acá aumentó la frecuencia de sus visitas sin dejar de aprovechar ninguna para tirar las vainas de su status oficial. A ella esas visitas ni cosquillas le hacían, se esmeraba en tratarla bien, devolviéndole solícita finas atenciones cuando intentaba humillarla con solicitudes inferiores a su rango. Total, era vieja. Con toda la inversión que se había hecho picoteándose, con todo y haberse colgado las tetas de aretes, con todo y la cintura encorsetada por las lipo y con todo y la cara lisa, sin ningún rasgo de expresión; era una vieja nítida, pero vieja. Así que cada vez que llegaba con su

gesto, le pelaba el diente por delante y luego le estrujaba al marido de maldad.

A nadie se le ocurre molestarse por esa caballá, a quien le importa en ocasiones chuparse un truño de vieja cuando se dispone de yipeta con chofer, viajes al exterior, celular sin límite y sin límite también un par de tarjetas para gastos de representación, las cuales usa a discreción solo porque le da la gana. Porque no me gusta abusar, se decía mientras trataba de encontrarle al mandarrias el atractivo al observarlo presidiendo la mesa en ese restaurante caro, rodeado de sus principales funcionarios, blandiendo el tenedor como instrumento de director de orquesta, señalándolos mientras le coreaban una carcajada al más desabrido de sus chistes o al más absurdo de sus comentarios, limpiando el paladar con reservas escogidas para probar todos esos sabores nuevos en menús donde no había que reparar en precios. A veces le picaba el gusanito de sentirse parte de algo grotesco, pero no era tonta para no darse cuenta de que por primera vez disfrutaba lo que en verdad es el lujo y que ese era el medio para tener a su alcance toda la buena fortuna que al parecer le reservaba el destino y que ella muy bien se merecía.

Con el resultado de las congresuales, su inquietud con respecto a cómo vuela el tiempo menguó bas-

tante pues el porvenir pintaba a favor por cuatro años más y aunque no debe nadie confiarse en las masas tan volubles, se sentía plenamente contagiada con el entusiasmo del hombre. Se iniciaron nuevos proyectos, se contrató más personal. Para que ella no estuviera tan agotada con el antedespacho fue nombrada otra asistente. Su jefe se manejaba con una extensa amplitud de comando, tenía a cargo una cuadra de asistentes, técnico, administrativo, relaciones públicas, un primo guardia asistente de seguridad, un hijo zoquete que a veces estaba al volante de la yipeta que en la nómina aparecía como, asistente de transporte, un Juaniquito el tuerto que ejercía desde su casa y así sucesivamente; por lo que a nadie extrañó la llegada de esa joven graduada de la Pontificia, muy bien recomendada desde el palacio, con gran capacidad de trabajo, con la gracia de darse a querer, de pelo suave y brillante, de las que inundan las estancias con su esencia a frutas frescas. Le facilitó mucho las cosas delegándole parte de sus funciones, pues le parecía muy seria la muchacha.

Todavía hoy no entiende cómo hay eventos que suceden tan vertiginosamente. Cuando vino a sospechar que la nueva era reclamada con más frecuencia por el director, una bofetada de evidencia, le dejó la certeza en las narices. Un carro. Un sobresueldo para pagarlo. Un rango salarial muy supe-

nar. Montó en cólera en el reclamo y para colmo, recibió como respuesta la recomendación de tomar sus vacaciones y no dicho en persona, sino mandado a decir con el de recursos humanos. Hay quien no sospecha las consecuencias de la humillación. Cuando no lo conmovió con las llamadas y gritos y ruegos histéricos, amenazó con suicidarse e hizo el intento. Los chismosos dijeron que fue un aborto, pero la verdad era que su estómago y su propia estima fueron los que salieron destrozados. El hombre respondió con una visita de cortesía cuando casi estaba de alta y después de un tibio interés por su salud le ofreció al marcharse una larga licencia por enfermedad, con disfrute de sueldo por supuesto. Ella guardó silencio y ahí fue cuando decidió contraatacar con el escándalo. Llenó la prensa por varios días con toda la información confidencial de que disponía, con mucho de lo que ella misma había despilfarrado. Estaba hundida y quería arrastrarlo. Pero no sirvió de nada... era íntimo del presidente.

A veces, suele pensar que tuvo algo que ver que su crisis influyó en algo para que las masas volubles en el siguiente certamen se pusieran de acuerdo en cambiar la camarilla. Le gusta pensarlo aunque no es un consuelo. Su vida quedó hecha un gran hueco que quiso llenar con vicios adquiridos en tiempos de boato. Era débil por un restaurante. Engullendo

toda clase de antojos y manjares fue inflándose en tiempo record hasta quedar redonda y rodando por las sendas del anonimato. Uno de los que fueron sus compañeros de trabajo no la reconoció, un día que creyó adivinar sus ojos y su pelo en el globo que se despachaba una hilera de hotdogs en un kiosco de comida rápida en la Estrella Sadhalá.

TERCERA MENCIÓN

MARTES NO, MIÉRCOLES

(Revolución no, libertad)

Seudónimo: La huella de una sombra
arrastrada por las cenizas del fantasma
del tiempo y nada más.

Autor: Juan Francisco Espino

Sí, era miércoles y fue también el primer día en que vi la crueldad en toda su monstruosa dimensión, hombres esposados, guardias que de buenas ganas y exhibiendo sus amplias correas se reían con sus caras "lampiñas" al aire, tocados de protectores de campaña. No era martes, como algunos creen, no, era miércoles y fue también el primer día en que sentí sobre los ojos el filoso brillo del metal de los fusiles y tuve que apartar la vista y vi de qué manera se hacía seguir el leve destello de la opacidad para mí inexplicable de todas las cosas que, ligeras, retornaban a sus dimensiones y colores pro-

pios. Todavía era una criatura que apenas hilvanaba oraciones largas, pero poseía una extraordinaria capacidad para retener en la memoria todo cuanto veía u oía. No fue martes, fue miércoles el día en que la ciudad ofreció un inquieto aspecto de verduleras pregonando sus vendimias, queriendo venderlas dizque barato; de hombres a caballo que echaban pie a tierra apenas la abordaban, después de dar de espuelas en sus campos; de camiones del ejército que no quisieron cansarse de pasar apesta- dos de guardias, camino de las playas del desem- barco; de viejas guaguas provenientes de las zonas rurales llenas de pasajeros dejando que su perple- jidad jugara burlesca con sus rostros, denotándoles temerosos en exceso. Si no sabré yo que ese mismo día mamá me sacó en brazos dos veces en la mañana; una, a preguntarle a los guardias de la garita color estiércol reciente del limoncillo, que cuando traerían a mi papá, pues se lo habían lleva- do unos guardias que allanaron la casa dizque para investigar al viejo porque era peligroso y podía estar vinculado con los de la invasión y, la otra, a comprar verduras en el ventorrillo del zapatero Ramón y escuché muy bien cuando la mujer de este, que era quien vendía ese día, le dijo al oído a mamá: "Hay que vender rápido, porque nadie sabe lo que pueda pasar. Aquí dizque hasta el agua la están por mandar a vender". Eso fue miércoles. Yo había notado que los hombres de las guaguas

iban tocados de desmadejados sombreros grises. No reían. Si acaso abrían la boca. Mamá también estaba distinta ese día. No hablaba gran cosa. La notaba rara y no solo por lo del viejo, ya que después de todo no era esa la primera vez que se lo llevaban. Si acaso hablaba era lo necesario para ordenar a mi hermanita mayor la realización de las tareas domésticas. Si me tomaba en brazos no lo hacía con los ágiles movimientos con que me elevaba en vilo, "Úpale mi pichoncito" cuando iba de compras a la placita. No me había respondido por qué esa noche no resonó la voz cantora de la vendedora de las patas de vaca, "Llevo las patas de vaaaaaaaacaacaaaaaa". La notaba golpeada por una ansiedad, la misma de todos los que se aglomeraron en la avenida; la misma que me impulsó a llorar por alguien que solo vi una vez en la vida.

Aquel miércoles en la tarde, la gente llenaba la calle de comentarios susurrantes. Desde la sala de la casa había comenzado a escucharse una algarabía de pisadas veloces y cuando alguien tiró de la puerta hacia fuera lancé un grito de espanto al ver tantas piernas juntas, moviéndose en dirección de la avenida. Una mujer regordeta de ojos y cabellos negros, "¡Ya lo traen Josefa!", se había escuchado lenguaraz, abriendo enormemente la boca de dientes blanquecinos para asustarme más. No me dio tiempo de inclinarme hacia donde estaba

mamá, antes de que unas manos se adhirieran suaves a mi cintura y me elevaran hasta ponerme a horcajadas sobre un cuerpo para mi inconfundible que comenzó a moverse poniéndose al compás de los demás. Ambas aceras de la avenida estaban repletas de tanta gente que apenas podía divisar el techo de la garita color estiércol reciente del limoncillo. Todos los presentes estaban casi inmóviles, los vendedores no se veían en parte alguna y únicamente los vehículos militares circulaban. De las casas solo se divisaban las partes que sobresalían a las cabezas de la muchedumbre que sufría la angustia de la impotencia y de una espera que ese día empezaba a ser interminable. La gente se movía hacia el lado por donde debía aparecer la hilera de camiones con su primera carga. "Todavía no llegan", había dicho una mujer de pañoleta azul a la que siempre recordaría en las miradas fijas y anhelantes de los angustiados. Antes de que se acercara un primer camión que venía a gran velocidad, recibí en un repentino frío a nivel del estómago la sensación de que mamá perdía el equilibrio a consecuencias de un empujón que vino de atrás y cuando su rostro se resignaba a que yo cayera al suelo sentí sobre los bracitos unas manos fuertes que me rescataban. Cuando mi madre tomó el control, un hombre portador de una gorra con una estrella, le habló desde el fondo de sus ojos pacientes: "Páseme el niño, yo cuidaré de él mien-

mas usted se orienta", y ella: "Sí, está bien" después de reconocer sus buenas intenciones. El hombre era más alto que mi madre y eso me permitía ver más y mejores detalles. Así fue como pude notar que la multitud había concentrado la atención en los camiones que se acercaban, chorreando sangre medio a medio a la carretera, las luces encendidas, tocando bocinas en algarabía de efímera victoria y llenas las camas de guardia y algunos prisioneros. A medida que los camiones se acercaban crecía el rumor que luego cedería al silencio, indiscutible imposición de la precaución. La mayoría de la gente observaba cruzada de brazos. Los de atrás daban de cabezazos tratando de ver a los recién llegados. El hombre portador de la gorra con la estrella había quedado al lado izquierdo de mamá y yo, inocente, pidiendo cuentas, pregunté "¿Por qué los traen amarrados?", hablándole en voz alta, moviéndome a mirarla, y ella "¡Pobrecitos, cómo los ha castigado el sol!", sin responderme de inmediato. Luego, "Son los héroes, vinieron a salvarnos", diciéndomelo en voz baja, con una mano cubriéndole la boca al hombre que murmuraba "No flaquee vecina, piense que quien pretende acabar con la revolución matando revolucionarios, es como como quien quisiera apagar la luz del sol sacándose los ojos", hablando siempre con cautela. Mi madre comenzó a mover el pecho con un estremecimiento de inspiración y expiración entrecortada y una veci-

na a su lado le suplicaba: "¡Cállese vecina que nos descubren!". Mirando de lejos a tres hombrecitos de gafas oscurísimas a quienes se les notaba los abultamientos de sendos revólveres bajo las camisas. Uno de los hombrecitos le había clavado a la vecina lo más incógnito de su mirada tras las gafas de ella. La vecina, con más precaución que miedo, ocultó disimuladamente el rostro mirando hacia el otro lado, mientras se aferraba a las depresiones de mamá. Cuando los camiones acabaron de acercarse, pude notar a los héroes sudorosos, muchos heridos, esposados todos, rodeados de guardias de aspectos bestiales que portaban fusiles y miradas petrificadas sobre ellos. Los luchadores llevaban la piel tostada por el sol y miraban con sosiego y la frente en alto a la multitud. "¿De dónde los traen?", pregunté a mamá con la misma precaución de antes y ella me respondió "De la guerra, mi hijo, de la guerra", sin perder de vista a los tres hombrecitos. La oí y al cabo de unos segundos era elevado por el hombre de la estrella para que viera más detalles de los ocupantes del tercer camión. En su parte interior viajaban unos hombres de uniformes color estiércol reciente de la garita del limoncillo de cuyas bocas emanaban flujos de náuticas risas entre frases. Por fracciones de segundo se perdían en el humo del cigarrillo que uno de ellos consumía. El guardia que comandaba el camión había dejado ver su largo medio cuerpo, elevándose

a través de la portezuela derecha para dar la orden de rumbo a los conductores de los camiones delanteros. De los cuatro prisioneros del camión, dos viajaban frente a ellos. Les alcancé a ver las barbas abundantes. El más alto de los héroes me descubrió haciendo el desnivel de la humana superficie de cabezas. No había podido reprimir el impulso de dedicarle un adiós. No sabía lo que era un héroe, pero quería saludarle. Le había notado tan humano como el hombre portador de la gorra con la estrella que me cargaba o como mi madre, y no le había temido a sus barbas. La tardanza de segundos del guerrillero me había angustiado y vi un guardia de estuco descargarle un par de iniciales culatazos cuando intentaba hacer un ademán en devolución del saludo. Después el guardia le decía algunas rabiosas palabras para seguir golpeándole. Al ver aquello mi efímera e infantil alegría se comenzó a desmoronar mientras las lágrimas recorrían mi pecho desnudo. El camión se alejaba lentamente. Había seguido la escena con la vista nublada y sentía en el pecho el dolor de cada culatazo del primero y de los otros guardias que junto a ese golpeaban, golpeaban, golpeaban, golpeaban sobre la cabeza del guerrillero, de manera tan ruda como hoy nos están golpeando sobre los hombros, las cabezas, las espaldas, sobre todo el cuerpo y sentimientos, a mí y a mis compañeros en grilletes, unos extranjeros salvajes que no habrán de doble-

garnos, como tampoco se dejaron doblegar los héroes de aquel miércoles de veintiséis años atrás, a quienes he comenzado a evocar desde que he visto llegar hasta la celda un grupo de oficiales cuyo jefe acaba de ordenar: "¡ustedes golpear... ellos hablar!".

ACTA ÚNICA

ANEXOS

ACTA ÚNICA

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Décimo Tercer Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 1 de abril de 2006 en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio:

Título: "Muertes en el fuerte"

Seudónimo: Genio

Autor: Roque Diómedes Santos

Segundo Premio:

Título: "Jaque mate al pastor"

Seudónimo: El Conde Anglie

Autor: Roberto Adames

Tercer Premio:

Título: "Mimo"

Seudónimo: El Banilejo

Autor: Julio Emilio Báez Melo

Cuarto Premio:

Título: "La Asunción de la Reina"

Seudónimo: Ofidio

Autor: José Martín Paulino

Por otra parte, el Jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención:

Título: "La Pesca del Lienzo"

Seudónimo: Fray Antón de Montesinos II

Autor: Rafael Menoscal Reynoso

Segunda Mención:

Título: "Cuestión de Colores"

Seudónimo: Gismo

Autor: Rosa Julia Vargas

Tercera Mención

Título: "Martes no, miércoles"

Seudónimo: La huella de una sombra arrastrada
por las cenizas del fantasma del tiempo y nada más.

Autor: Juan Francisco Espino Coronado

Redactado y firmado por los jurados de este concurso, en La Vega, hoy 1ero de abril de 2006.

Lic. Emelda Ramos

Lic. Diógenes Valdez

Lic. Carlos Fernández-Rocha

BASES DEL CONCURSO

1. Para participar en este concurso, los autores deben tener por lo menos 18 años de edad.
2. Los cuentos que se envíen deben tener una extensión máxima de 25 páginas y una mínima de 3, escritas a doble espacio en papel normal de 8.5 por 11 pulgadas. Debe remitirse el original y tres copias.
3. Los cuentos que concursan deberán ser inéditos; es decir, que no hayan sido publicados ni tampoco premiados antes en el país o el extranjero.
4. Los cuentos deben firmarse o identificarse con un seudónimo y no debe aparecer señal alguna en la que se identifique a su autor. Sin embargo, el nombre y apellidos del autor deben incluirse en sobre bien cerrado anexo con el número de cédula, dirección y teléfono.

5. Cada concursante o autor puede enviar hasta cinco (5) cuentos diferentes, pero deberá usar en todos la misma identificación o seudónimo.
6. El sobre que contenga los cuentos se dirigirá al Decimotercer Concurso de Cuentos y podrá remitirse a una de estas tres direcciones:
 - a. Radio Santa María, Apartado 55, La Vega.
 - b. Unión de Emisoras Católicas (UDECA),
Rómulo Betancourt #2078, 3er. piso, Santo Domingo. D.N.
 - c. Librería Amigo del Hogar, Calle El Sol 28, Santiago.
7. El plazo de admisión de los cuentos expirará el día 11 de febrero de 2005, a las 12:00 m.
8. Los miembros o empleados de Radio Santa María, también podrán participar en este concurso, a excepción de las personas que sean miembros del Jurado o tomen parte de una forma u otra en la organización del concurso.
9. Una vez que expire la fecha de entrega de los cuentos en la fecha indicada, Radio Santa María remitirá, bajo inventario, tres copias de cada cuento a los miembros del jurado calificador. De acuerdo con la cantidad de originales recibidos, el jurado

dispondrá de un plazo de tiempo limitado, que solo se determinará en el momento de recibir los cuentos.

10. Radio Santa María seleccionará a los tres miembros de este jurado calificador, que decidirá la forma de trabajo y reuniones que estime convenientes para discutir la calidad de las obras y la asignación de los premios y menciones de este concurso.

11. Una vez concluidas las deliberaciones, en un acto al que podrán asistir representantes de Radio Santa María y del Grupo León Jiménes, el jurado procederá a abrir los sobres que contienen la identidad verdadera de los autores. El jurado levantará un "Acta Única" o veredicto oficial e inapelable, que firmarán todos sus miembros.

12. De acuerdo con el veredicto del jurado, se otorgarán cuatro (4) premios y tres (3) menciones de honor, de acuerdo con el veredicto del jurado, y si éste lo estimase, podría dejar desierto alguno de los premios y/o menciones. La dotación de los mencionados cuatro premios será la siguiente:

- a. Gran premio de: RD\$25,000.00 y Diploma
- b. Tres premios de: RD\$15,000.00 y Diploma
- c. Por su parte, las tres menciones honoríficas solo recibirán un diploma.

13. Radio Santa María difundirá enseguida, por los medios a su alcance, los nombres de los ganadores y la fecha y lugar de entrega de los premios. El acto solemne de premiación este año se celebrará, en la ciudad de La Vega, el día 29 de marzo de 2006.

14. Los trabajos premiados pasarán a ser propiedad de Radio Santa María, que con el apoyo de la firma patrocinadora, reunirá y editará poco tiempo después en un nuevo volumen o antología, los siete cuentos galardonados.

SOBRE LOS GANADORES

PRIMER PREMIO

Roque Diómedes Santos

Nace en Luperón, Puerto Plata. Realiza sus estudios básicos en la Escuela Pedro A. Pina y posteriormente se traslada al Instituto Politécnico Loyola, San Cristóbal, donde completa sus estudios secundarios.

Realiza la Licenciatura en Filosofía y Humanidades en el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó (2003), obteniendo los máximos honores académicos. Del mismo Instituto obtiene el Post-grado en Lingüística Aplicada.

Ha ganado varios concursos literarios en la Sociedad Cultural Renovación (Ensayo 2002; Cuento 2002, 2003 y 2004), en el Banco Central (2002), en la Alianza Cibaeña (2005) y Radio Santa María (2003, 2004, 2005).

Actualmente tiene publicado su primer libro de cuentos "Los Duendes Verdes" (2005) por la Editora Nacional.

SEGUNDO PREMIO

Roberto Adames de la Cruz

Nació en 1976, en Constanza, República Dominicana. Estudió Agronomía, área en la cual se desempeña como Gerente del Proyecto de Invernaderos en la Zona de Moca. Ha recibido diversos galardones por su obra poética y cuentística en los concursos de Alianza Cibaeña y Radio Santa María: en este último, ha sido premiado en los años 1998, 1999, 2000, 2001, 2004. Actualmente cuenta con un libro inédito de cuentos que saldrá publicado en los próximos meses.

TERCER PREMIO

Juan Emilio Báez Melo

Nació el 3 de agosto de 1948. Matanzas, Baní. Maestro Normal Primario Escuela Félix Evaristo Mejía, Sto. Dgo.

- Licenciatura en Educación, Mención Ciencias Sociales. UASD, no presentó tesis.
- Profesor de 6to. Grado en la Escuela Domingo Savio.

- Profesor de secundaria en colegio José Enrique Rodó.
- Supervisor de Vuelos, Aeropuerto Internacional de las Américas.
- Socio Librería La Trinitaria.
- Coordinador de Participación en Ferias del Libro. Secretaría de Estado de Cultura.
- Derecho Reprográfico, Argentina. Ferias del Libro, de La Habana; San Juan, P. R.; Bogotá y Barranquilla, Colombia; Guadalajara, Minería y Xalapa, México;
- Ensayos sobre educación en el periódico Ecos del Valle, Baní.
- Ensayos Culturales en el periódico Listín Diario, Santo Domingo.
- Los hijos de Matanzas: Inventario Genealógico de una comunidad banileja.
- Personajes y Jocosidades de Matanzas. Matanzas en Páginas Banilejas.

CUARTO PREMIO

José Martín Paulino

San Francisco de Macorís, 1963. Cuentista y novelista. Parte de sus trabajos narrativos han sido galardonados en concursos nacionales. Primer premio de cuentos en el Concurso Nacional de Cuentos, organizado por la Universidad Autónoma

de Santo Domingo y la Comisión para la Celebración del Sesquicentenario de la República. Otros cuentos de su autoría han sido premiados en los Concursos Anuales de Radio Santa María y en el Primer Concurso de Cuentos organizado por la Universidad Autónoma de Santo Domingo (CURNE-UASD), patrocinado por E. León Jimenes. Parte de sus textos han sido antologados en varias colecciones nacionales y traducidos al italiano. En el año 2003 publicó "La burla en el espejo", su primer libro de cuentos.

PRIMERA MENCIÓN

Rafael Menoscal Reynoso

Nació en la ciudad de Santo Domingo. Estudió Comunicación Social en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha realizado cursos de Dialectología del Español de América; Comunicación Corporativa; Realización de Mensajes; Metodologías y Técnicas de Investigación en Comunicación; Relaciones Públicas; Diseño de Políticas y Planificación de la Comunicación Institucional; Legislación de Prensa; Estudio del análisis económico; Diagnóstico Comunicacional; Producción de Televisión; Comunicación Popular y Alternativa; entre otros.

Asistió a los seminarios internacionales sobre Reforma, Seguridad Social y Salud, en Colombia, Washington, D.C., Guatemala y en Barcelona-Madrid, España. Impartió docencia en las universidades Dominicana O&M y Central del Este (UCE), Ha trabajado en distintos medios de comunicación del país, entre ellos, los periódicos Listín Diario y El Siglo, en este último como editor de noticias de Gobierno, Salud y Educación. Director de Prensa de los noticieros radiales "El Bloque Meridiano" y "La Hora Económica", ambos en Disco 106, y director para República Dominicana del periódico latinoamericano Areito, editado en España. Columnista de los periódicos El Siglo, Listín Diario, El Sol, La Noticia y la revista Ahora.

Productor del Programa Entre Puntos (1984-85), por Radio Novedades, en La Vega. Su principal experiencia profesional es en el campo de las Relaciones Públicas, dirigiendo esa área en la empresa Molinos Dominicanos, la Dirección General de Desarrollo de la Comunidad, el Colegio Dominicano de Ingenieros, Arquitectos y Agrimensores (CODIA), en la Comisión Presidencial de Apoyo al Desarrollo Barrial, la Asociación Médica Dominicana (AMD), Asociación de Mayoristas de Provisiones de Santo Domingo, Agrupación Médica del Instituto Dominicano de Seguros Sociales (AMIDSS), y Coordinador Nacional de Comunicación

de la Comisión Ejecutiva para la Reforma del Sector Salud (CERSS), con financiamiento del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

También ha laborado en la agencia periodística Grupo 5; en los noticiarios de Radio Comercial y Radio Popular, Banco Agrícola de la República Dominicana, en la Secretaría de Estado de Deportes (SEDEFIR), siendo asistente del Subsecretario Técnico, y actualmente funge de Asistente del Gerente de Comunicaciones de la Junta Central Electoral (JCE).

Hace once años editó el libro de poemas "De rebeldía y ternura". Publicó la novela "La barca del silencio", en el marco de la IX Feria Internacional del Libro. Además, tiene editado y diseñado su libro de cuentos "Tribus de hielo", y rebasó el proceso de corrección de una compilación de más de cien artículos periodísticos de su autoría, bajo el título "Paradigmas irrompibles".

SEGUNDA MENCIÓN

Rosa Julia Vargas

Rosa Julia Vargas nació y reside en Santiago de los Caballeros. Es Licenciada en Administración de Empresas (1978) y Licenciada en Contabilidad (1983) por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, donde impartió docencia. Ha ejercido su especialidad en instituciones industriales y financieras.

Se inicia en las letras con la novela *El Rastro de Caín* (1998), en la cual el bíblico conflicto entre dos hermanas sirve de excusa para presentar el retrato de la época y de la sociedad en que se desenvuelven. Algunos de sus cuentos han recibido Mención de Honor en el concurso de Cuentos de Radio Santa María: *Final final* (2001), *Petrel y Alosa* (2002) y *Cuestión de Colores* (2005). El primero fue también seleccionado para la antología en italiano *Onde, Farfalla e aroma di caffè* (2005) de Danilo Manera y para la antología *El cuento contemporáneo de Santiago* (2005) de Máximo Vega.

Desde 1999 es fundadora y directora de la revista literaria *Mythos*, el principal medio literario de la región con circulación en las principales ciudades del país y algunas del exterior.

TERCERA MENCIÓN

Juan Francisco Espino Coronado

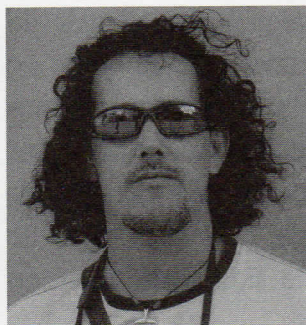
Dominicano nacido en La Vega a los 17 días de noviembre del año 1976. Procede de un barrio de su ciudad, " El tanque". En la escuela de la comunidad realiza sus estudios secundarios y los superiores en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña recinto La Vega; donde obtuvo el título de Licenciado en Ciencias de la Educación mención Letras y Filosofía.

Juan Francisco es el quinto hijo del matrimonio de Erasmo Espino y Carmen Rafaela Coronado. Desde muy joven se interesó en el arte, específicamente en el área del teatro, arte que comenzó a cultivar en el Centro Juvenil Domingo Sabio de La Vega, trabajando en numerosas obras teatrales; además participó en el grupo de la Casa de la Cultura, donde al unísono fue miembro de talleres literarios; desde allí comienza a cultivar el amor por la literatura, escribiendo poesías y cuentos.

En su labor profesional ha sido profesor del colegio "Eugenio María de Hostos" donde conjuntamente coordina el grupo teatral.

SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Nelson Batista



Nace en La Vega, R.D.
Egresado de Bellas Artes
Santiago. Tomó un taller
de Grabado con Leo
Núñez y un taller de
Fabricación de Materiales
Pictórico con Luis Muñoz

EXPOSICIONES COLECTIVAS:

- 1992 Ayuntamiento de Santiago
- 1992 Arte Vivo Santiago
- 1993 Domínico Americano
- 1996 Exposición Estampas de Carnaval, Pto. Plata
- 1996 Afiches de Carnaval Don Tomas Morel
- 1996 Bienal E. León Jimenez
- 1996 Concurso Bienal Casa de España
- 1997 Primera Colectiva de Grabado, Santiago
- 1997 15 X 15, Casa de Arte, Santiago
- 1998 Arte Vivo Santiago
- 1998 Artistas Dominicano en Miami, (Miami)
- 1998 Bienal E. León Jimenes
- 2000 Helvetas Reciclando y Jugando con el Ambiente
- 2000 Sueños Equivocados, Palacio Consistorial, Santo Domingo.

- 2001 Media Docena, Centro de La Cultura, Stgo.
- 2001 Penúltima Imagen Artistas Contemporáneos de Santiago
- 2001 Doce Meridiano Casa de Arte Stgo.
- 2001 Quisqueya Sonido y Vida, Helvetas, Stgo.
- 2001 Arte Vivo, Festival de los Artistas Casa de Arte, Santiago
- 2001 Salones Paralelos, 19 Aniversario, Casa de Arte, Santiago
- 2002 Exposición Arte Vivo, Sala Yoryi Morel, Santiago.
- 2002 "Sen Tetula", Centro de la Cultura, Santiago
- 2003 Montaña Espíritu Vivo, Helvetas, Casa de Arte, Santiago
- 2003 Arte Vivo 2003 Corazón de Isla, Santiago
- 2003 Instalación Casa de Arte Sala de Literatura
- 2003 Bocetos de Ángel. Primer Congreso de Literatura del Caribe
- 2003 Concurso de Las Américas, Casa de Teatro, Santo Domingo
- 2003 Concurso Nacional de Arte Joven, Helvetas, Casa de Arte, Santiago
- 2003 Exposición de Instalaciones, Colectivo Sala Federico Izquierdo, Santiago

DISTINCIONES

- Primer Premio, 1995 (Afiches de Carnaval Don Tomás Morel)

- Segundo Lugar, 1996 (Afiches de Carnaval Don Tomás Morel)
- Mención de Honor, 1996 (Afiches de Carnaval Don Tomás Morel)
- Primer Premio, 1997 (Afiches del Desfile de Carnaval)
- Segundo Lugar, 1997 (Afiches de Carnaval Don Tomás Morel)
- Segundo Lugar, 2002 (Concurso de Arte Joven, Helvetas)
- Mención de Honor, 2003 (Concurso de Las Américas, Casa de Teatro)

**Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Abril del 2008,
en los talleres gráficos de
Impresora Editora Teófilo, S. A.
Santiago, República Dominicana.**



GRUPO LEON JIMENES
Por una mejor nación.